

Equívocos

JOSÉ ANTONIO GURREA C.

El mensaje de Fabiola parecía inequívoco. Sin embargo, aun con los riesgos Darnel quiso hacer partícipe del juego erótico a Ferrán, ponerle juntos una raya más al tigre. Casi desde que comenzaron su relación, hacia escasos seis meses, éste la había iniciado en el sexo en grupo y en las relaciones lésbicas. Todavía se estremecía cuando recordaba la noche en que, borrachos, Ferrán la había llevado a casa de Ximena. Y como ésta, apenas llegó, la había despojado de su ropa y olisqueado con delectación en axilas, pies, genitales y ano. Así, a la manera de un perro en celo. Todavía no se recuperaba de la sorpresa cuando la anfitriona sacó, quién sabe de dónde, una enorme zanahoria que envolvió en un condón antes de introducirla furiosamente en su vagina. Entre el miedo, la vergüenza y la calentura Darnel se dejó hacer. Ciertamente, al ver semejante tubérculo en un principio experimentó algo parecido al pavor. Después llegó el placer, inédito, intenso, al sentirse penetrada por sus dos orificios, pues al tiempo que Ximena se afanaba por delante, Armando, el compañero de ésta, se abría paso por la retaguardia. Algo ciertamente doloroso, pero también profundamente excitante. Ferrán, mientras tanto, adoptó el papel de voyeur. Sólo se acercó a Darnel horas después, cuando la ayudó a vestirse.

Después de esta enriquecedora experiencia, vinieron las fiestas swingers en el Oca-Sex de Avenida Central, el striptease en el balneario nudista de Cuernavaca (al compás de "Sweet Little Angel", de B.B. King) y la pasarela arriba de la

barra del Coco-Bongo de Cancún, donde, sin pantaletas, sin sostén, ataviada sólo con un minivestido comprado días antes en la zona libre de Belice se dejó tocar, casi hasta el clímax, por las ansiosas manos de varios de los concurrentes, que aprovecharon, una y otra vez, cada que el encargado de la iluminación dejaba el lugar en penumbras y encendía los estrobos que fragmentaban los cuerpos. Qué poco le importó en ese momento que se tratara de gringos paletos.

Todas estas aventuras la habían marcado. Su horizonte sexual era ahora más amplio que hacía unos meses. No sólo sentía mucha gratitud hacia Ferrán. Inclusive consideraba que estaba en deuda con él. Se preguntaba, con satisfacción, incluso con una sensación de evidente superioridad, qué pensarían de ella, de esta renovada Darnel, Ángel, Pedro, Julio, sus anteriores parejas, con quienes el aspecto sexual había sido tan monótono, tan rutinario... tan "de hueva". No dudó, pues ni un momento en contarle a Ferrán lo ocurrido en el baño minutos antes. Tampoco titubeó ni un ápice cuando lo invitó a integrarse al juego erótico, que con seguridad tendría lugar en algún momento de la noche.

Cuando tres horas antes llegaron a la casa de Francisco, ni Ferrán ni Darnel imaginaron lo que sucedería esa noche. Se trataba de una reunión con propósitos étlicos, no eróticos. Ésta había surgido, así sin más, como prolongación de una comida con tragos. Cuando aquellos se disponían a regresar a la oficina, un Francisco ya picado los invitó a su casa "a seguirla". Viernes en la tarde y un trabajo burocrático que podía esperar hasta el lunes hizo sumamente atractiva la oferta. Finalmente, en la chamba no habría problemas, pues Ferrán, secretario particular de un político en retirada, era jefe de ambos. Francisco era uno de sus asistentes. Darnel, su secretaria y ahora amante.

En la casona de la Condesa los recibió Fabiola, la mujer de Francisco. Ésta, descalza y con la cara lavada, portaba una vieja playera y unos jeans estratégicamente rotos. La mujer pareció turbarse por las visitas. Antes de ofrecer disculpas y

enfilarse escaleras arriba ante la extrañeza de los invitados, dirigió una mirada de reproche a Francisco. Cuando Darnel e Ferrán supusieron que no volverían a verla, Fabiola apareció en la sala, transformada. No sólo era su maquillaje que enfatizaba unos labios carnosos y unos grandes ojos negros (la tipa era de Guadalajara), o su peluca de cabello negro con un peinado corto, muy a la usanza de las bailarinas de charleston. Su vestimenta era para alterar a cualquiera: una cortísima y entallada minifalda a la cadera; un top semitransparente que dejaba ver un piercing en el ombligo, y un tatuaje justo en la cadera; cadenita de oro al tobillo y zapatillas de tiritas. En dos de los dedos de los pies portaba sendos anillos. El paraíso de los fetichistas, pensó Ferrán. Darnel, por su parte, quedó boquiabierta. Se podía sentir la electricidad en el ambiente.

Fabiola, que había percibido la reacción de Darnel, se sentó muy cerca de ella, y pronto se integró a la conversación. A cada rato, ésta volteaba a verla, la recorría cada vez con menos pudor. Fabiola, quien le regresaba sonrisas entre pudorosas y coquetas, en un momento dado se levantó, puso en el aparato el Rei Momo, de David Byrne, y se puso a bailar sensualmente. Ferrán miró a Francisco de reojo. Éste, aunque ya estaba muy alcoholizado, parecía mostrarse complacido. Cuando todos esperaban el inicio del *strep-tease*, Fabiola se detuvo, volteó a ver a Darnel, y suplicó entre risitas: “Acompáñame al baño... Estoy algo mareada y no me gustaría caerme de las escaleras”. Los bellos ojos se encontraban vidriosos.

Tan pronto las mujeres se perdieron en las larguísimas escaleras, Francisco comenzó a relatar una trágica historia. Una narración llena de pausas, efímeras amnesias, digresiones y una lengua cada vez más trabada. La casona de la calle Vicente Suárez era parte de la herencia que sus padres habían dejado a éste, hijo único. Ambos habían fallecido en un trágico accidente en la vieja carretera México-Acapulco, del que Francisco, único sobreviviente, había sido testigo a sus diez años. El padre, un militar de alto rango, no sólo le dejó la casa. Junto

con ésta, al cumplir 18 años le fue entregada una jugosa cuenta bancaria. En sólo dos años, el dinero se había extinguido. “Alcohol, alcohol, alcohol... Si los tabiques emborracharan ya no tendría ni la casa”, dijo Francisco entre divertido y apesadumbrado.

El relato tendría que esperar, pues tras casi una hora las dos mujeres aparecieron en las escaleras, abrazadas, tarareando “With or without you”, el viejo éxito de U2. Darnel no sólo se había maquillado como Fabiola. Portaba una mini y un top de esta última. La ropa de Fabiola, sin embargo, no le quedaba del todo bien, pues Darnel era un poco más delgada y menuda. Cuando las dos mujeres llegaron a la sala y se pusieron a bailar, pegaditas, frotándose, casi como en un coito vertical, “La canción del final del mundo”, de Rubén Blades, el asunto de las tallas pasó al olvido. En los momentos en que Ferrán se frotaba las manos por la sesión de exhibicionismo-voyeurismo que se avecinaba, Darnel pidió un cigarro sabedora de que estos se habían terminado por lo menos una hora antes. Al recibir una respuesta negativa, sugirió: “¿Qué te parece si vamos por cigarros, Ferrán”? Se trataba en realidad de un mero pretexto para contarle qué había sucedido en el baño (donde Fabiola orinó a la vista de Darnel y luego le pidió reciprocidad a ésta; donde Fabiola había tocado, ligera, tiernamente, los pezones y la vagina de Darnel; donde ambas se habían besado largamente)... para invitarlo a participar en el juego erótico que había iniciado con Fabiola. Él se negó, le hizo ver los riesgos. “Es evidente que quiere contigo. Si yo pretendo participar se puede caer todo... De hecho, le expuso el error tan grave que habían cometido al salir por los cigarros. “Ruega a Eros porque la situación no se haya enfriado”.

Ella insistió: “Tú me has involucrado en muchas de tus aventuras... quiero hacer lo mismo contigo... aunque sea una sola vez... “Por supuesto, que Ferrán quería ser partícipe. Fabiola estaba muy apetitosa para dejarla ir viva, pero quizá lo que más pesaba era que en esos menesteres no conocía a Fernando. No sabía bien a bien cómo reaccionaría. Desechó, pues, la idea.

Cuando regresaron a la casona, quizá 15, 20 minutos después, encontraron a Fabiola, ya más ebria, bailando sola.

Ahora era Eliades Ochoa el que interpretaba “Lágrimas negras” en el estéreo. Francisco, mientras tanto, dormía completamente borracho en uno de los sofás que seguramente Fabiola había convertido en cama. Tal parecía que ésta había querido resucitar a su pareja, vía una felación, pues él se encontraba desnudo de la cintura para abajo. Tan pronto llegó, Darnel encendió un cigarro y se unió a su compañera. Volvieron los abrazos, los frotamientos y también los besos, largos, tiernos, sumamente lúbricos. Sin dejar de bailar, Fabiola comenzó a apagar las luces hasta que todo quedó en penumbras. Pronto, los dos cuerpos se tendieron en el sofá-cama, junto a un Francisco totalmente inconsciente, totalmente inofensivo. Ferrán, testigo privilegiado, se sirvió un abundante trago de Johnny Walker negro y se sentó a observar, con fruición, la escena. Ahora que veía a Francisco completamente noqueado, le crecieron las ansias por integrarse al cuadro. Pero, ¿si echaba a perder todo? No, no participaría... Sería un voyeur bien portado, se masturbaría y punto. Justo cuando eso pensaba, Darnel, levantó la cabeza, lo miró y con la misma testa lo invitó a participar. Era como la señal esperada, pues Ferrán se desnudó rápidamente y se hincó a los pies del sofá. Primero, besó y lengüeteó en repetidas ocasiones los dedos de los pies de Fabiola. Incluso con los dientes, le quitó uno de los anillos. El aroma que despedían los pies lo enloquecía. Sintió que la erección crecía. Usando manos y lengua avanzó por la piernas... Precisamente cuando Ferrán llegó a la húmeda entrepierna, cuando su nariz comenzaba a llenarse



Alberto Calzada

de esencias marinas, Francisco despertó. ¿Qué putas pasa aquí?, bramó. Trató de incorporarse, pero en su intento cayó al suelo, de donde no pudo ya levantarse. ¿Qué pasa... qué pasa...?, repetía monocorde, demasiado alcoholizado para poder recuperar la vertical. Simultáneamente, Fabiola se alzó y comenzó una letanía que no pararía en minutos: “Adúlteros, degenerados... puercos”, graznaba como integrante de Provida. “Voy a hablar a mi familia, voy a hablar con la policía... voy a hablar con tu esposa... adúlteros, violadores, hijos de puta...”

Ferrán y Darnel se vistieron atropelladamente y salieron del lugar justo cuando Fabiola, encerrada en una de las habitaciones, hablaba por teléfono con su padre: ¡Vengan pronto, vengan pronto... me quisieron violar... me quisieron violar...!, chillaba sin cesar.

Adentro de un taxi, abordado a toda prisa en Vicente Suárez y Mazatlán, comenzaron los reclamos:

–¿Por qué me invitaste?... Te dije que no hicieras....

–Yo no tengo la culpa de que Francisco se despertara....

–No despertó, carajo. Lo despertaron... al sentir que mi lengua bordeaba su vagina Fabiola mordió a Francisco....

–¿Y todo este patético show??

–Es una mujer previsora. Si Francisco se acuerda mañana y le reclama, ella simplemente nos echará la culpa de todo... Nunca te cae el veinte... Somos los malos de la película....

A Ferrán lo despertaron los gritos histéricos de Sofía, su mujer. Ésta, blandía en lo alto lo que parecía una prenda de ropa al tiempo que se desgañitaba: “Lo que faltaba, cabrón... Alcohólico y mujeriego... y ahora hasta puto... ¡¡Esto es el colmo!!” Aún somnoliento y con una terrible resaca, Ferrán desconocía a qué se debían los alaridos de su cónyuge. No había motivos. Al contrario. Debido a que estaba molesto con Darnel, esa madrugada había llegado a fornicar con su esposa. Cuando momentos después la vista se le comenzó a aclarar, Ferrán sintió un fuerte estremecimiento. Lo que Sofía tenía en las manos eran unos calzones. Sí, en la apresurada huida Ferrán ¡¡se había puesto la ropa interior de Francisco!!